

rumbo de Aquilea con la misma navé que le había traído. Desde allí escribió á su colega para que mandase á la parte de las nuevas levás que destinaban á la Istria que se reuniese en Aquilea; no queriendo encontrar en Roma nada que le impidiese, una vez pronunciados los votos, salir con la clámide. Prestóse voluntariamente á esto su colega y se dispuso la reunión para corto plazo. Claudio llegó casi á la vez que su carta. Al llegar reunió al pueblo para hablarle de Manlio y de Junio; no pasó más que tres días en Roma, y después de formular los votos en el Capitolio, tomó el manto, hizo marchar delante á los lictores y regresó á su provincia con igual celeridad que la primera vez.

Pocos días antes Junio y Manlio dieron tremendo asalto á la ciudad de Nesaccio, donde se habían retirado los istriotas principales y el rey Epulón. Claudio llevó allá sus dos legiones nuevas, licenció al ejército veterano con sus jefes, rodeó el mismo la ciudad y se preparó para atacarla con máquinas. Un río bañaba el pie de las murallas, estorbando las maniobras de los sitiadores al mismo tiempo que suministraba agua á los sitiados, y se emplearon muchos días en abrir cauce nuevo para separar las aguas. Esta operación, que privaba de agua á los bárbaros, les aterró de igual manera que un prodigio; pero sin inspirarles la idea de capitular, sino que por el contrario, comenzaron á matar á sus esposas é hijos, y para que el enemigo presenciase aquellos horribles crímenes, los degollaban en la misma muralla y los precipitaban abajo. En medio de los gritos de las mujeres y los niños, en medio de aquella abominable matanza, escalaron la muralla los soldados y penetraron en la plaza. Cuando el rey, por los gritos de terror de los fugitivos, reconoció el tumulto de una ciudad tomada por asalto, se atravesó con su espada para que no le cogiesen vivo: los demás cayeron prisioneros

ó murieron. Otras dos ciudades, Mutila y Faveria, fueron tomadas por asalto y destruidas. El bófin fué más considerable de lo que podía esperarse, en vista de la pobreza de aquel pueblo, y todo lo abandonaron á los soldados. Vendiéronse en subasta cinco mil seiscientos treinta y dos prisioneros, y á los instigadores de la sublevación les azotaron y decapitaron. Por consecuencia de la ruina de tres ciudades y de la muerte del rey, quedó pacificada toda la Istria, y las tribus de las cercanías entregaron rehenes y se sometieron. Terminaba la guerra de Istria, cuando los ligurios comenzaron á celebrar reuniones cuyo objeto era la guerra.

El procónsul T. Claudio, que había sido pretor el año precedente, mandaba en Pisa, teniendo una sola legión. Habiendo informado de estos hechos por medio de carta, el Senado decidió enviarla á C. Claudio (porque el otro cónsul había pasado ya á Cerdeña), añadiendo un decreto que le autorizaba; si nada tenía que hacer ya en su provincia, á pasar con el ejército á Liguria, en el caso de considerarlo conveniente. Al mismo tiempo y á consecuencia de la carta en que notificaba el cónsul su campaña de Istria, se decretaron dos días de acciones de gracias. El otro cónsul Ti. Sempronio consiguió también victorias en Cerdeña. Llevó sus fuerzas al territorio de los sardos ilienos, que habían recibido grandes refuerzos de los baleares, y peleó con los dos pueblos en batalla campal. Los enemigos quedaron derrotados y huyeron, perdiendo el campamento y doce mil combatientes que quedaron en el campo de batalla. Al día siguiente el cónsul eligió determinadas armas, las amontonó y quemó en honor de Vulcano. En seguida llevó á invernar su ejército victorioso á las ciudades aliadas, y C. Claudio, al recibir la carta de T. Claudio y el senatus-consulta, hizo pasar sus legiones de Istria á Liguria. Los enemigos, que habían bajado á la llanura,

tenían el campamento en las orillas del río Scultenna. Allí se dió la batalla, en la que perdieron quince mil hombres muertos y más de setecientos prisioneros que les hicieron en el combate ó en el campamento, de que también se apoderaron; además de esto cogieron cincuenta y una enseñas. Los ligurios que escaparon de la matanza se dispersaron por las montañas, y en vano recorrió el cónsul la llanura, porque en ninguna parte encontró armas. Vencedor Claudio de dos naciones en un año, después de haber, por raro caso, pacificado dos provincias bajo su consulado, regresó á Roma.

Dióse cuenta de prodigios aquel año. En el Crustumino un ave sangual (*avem sangualem* (1)), según la llaman, había roto de un picotazo una piedra sagrada; en Campania había hablado un buey; en Siracusa un toro salvaje, separado de su torada, había cubierto á una vaca de bronce *et semine aspersit*. En el Crustumino se celebró en el paraje mismo un día de rogativas; en Campania se incluyó la alimentación del buey en los gastos públicos, y el prodigio de Siracusa se expió con sacrificios ofrecidos á los dioses que designaron los arúspices. En este año murió el pontífice M. Claudio Marcelo, que había sido cónsul y censor, sucediéndole en el pontificado su hijo M. Marcelo. Llevóse también á Luca una colonia de dos mil ciudadanos romanos, en-

(1) No puede determinarse con exactitud qué ave era ésta, si bien Plinio refiere la opinión de un tal Mancricio, que decía era *Ossifraga* (que quebranta los huesos), conocida vulgarmente en nuestro país con el mismo nombre *Quebrantahuesos*. Esta ave estaba consagrada á *Sanguis* ó *Sancus*.

En cuanto á la piedra que el ave rompió con el pico, creen unos que era la que cayó del cielo, de la que ya se ha hablado, y cuyas dimensiones y dureza no se determinan; otros creen era alguna de las que servían de límites, consideradas sagradas, á las que se ungía y coronaba de flores, no pudiéndose remover de su sitio sin cometer grave crimen.

cargando de esta misión á los triunviros P. Elio, L. Egiilio y Cn. Sicinio, quienes dieron á cada colono cincuenta y una y media yugadas del territorio tomado á los ligurios, territorio que fué de los etruscos antes de pertenecer á éstos. El cónsul C. Claudio llegó á las puertas de la ciudad, y el relato que hizo al Senado de sus victorias en la Istria y sobre los ligurios le mereció, á petición propia, un decreto de triunfo. Siendo cónsul aún, triunfó de dos naciones á la vez. Ascendía la cantidad que se ostentó en aquel triunfo á trescientos siete mil dineros y ochenta y cinco mil setecientos dos victoriatos (1). De cuya cantidad se dió á cada soldado quince dineros, doble á los centuriones y triple á los caballeros. Los aliados recibieron la mitad menos que los ciudadanos, demostrando su desagrado con el silencio que guardaron al seguir al carro triunfal.

Durante la celebración de aquel triunfo sobre los ligurios, enterados éstos de que el ejército consular había regresado á Roma y que Ti. Claudio hasta había licenciado su legión en Pisa. Libres de todo temor, pusieronse secretamente de acuerdo para reunir un ejército, cruzaron los montes por senderos de travesía, bajaron á la llanura, devastaron el territorio de Módena, y gracias á la rapidez de su ataque, hasta se apoderaron de la colonia. Cuando llegó la noticia á Roma, el Senado ordenó al cónsul C. Claudio que celebrase los comicios cuanto antes, y una vez elegidos los magistrados para el año siguiente, que regresase á su provincia y recobrase la colonia. En conformidad con lo dispuesto por el Senado, se celebraron los comicios, siendo nombrados cónsules C. Cornelio Escipión Hispalo y Q. Petilio Spurino. En seguida fueron nombrados pretores M. Popilio Lena, P. Licinio Crasso, M. Cornelio Escipión,

(1) Monedas con la efigie de la victoria.

L. Papirio Maso, M. Aburio y L. Aquileyo Galo. Al cónsul C. Claudio se prorrogó por un año en su mando y provincia de la Galia; y para impedir á los istrios que incitasen á los ligurios, tuvo que enviar á Istria los aliados latinos que había retirado de la provincia con ocasión de su triunfo. Cuando el día en que tomaron posesión de su cargo los cónsules C. Cornelio y Q. Petilio, sacrificaron á Júpiter, según costumbre, un buey cada uno, la víctima que inmoló Petilio presentó el hígado sin cabeza, de lo que dió cuenta al Senado, mandándole éste que completase el sacrificio. Consultado en seguida acerca de la distribución de provincias, el Senado asignó por decreto Pisa y los ligurios á los dos cónsules. Aquel á quien la suerte concediese Pisa, cuando llegase la época de la renovación de los magistrados, debería regresar para los comicios. Disponía también el decreto que alistasen dos legiones nuevas y trescientos jinetes y que pidiesen á los aliados latinos diez mil hombres de infantería y seiscientos de caballería. A T. Claudio se prorrogó el mando hasta el momento en que el cónsul llegase á su provincia.

Mientras se trataban estos asuntos en el Senado, C. Cornelio había salido del templo para recibir á un mensajero, entrando de nuevo un momento después con el semblante descompuesto, diciendo á los Padres conscriptos que el buey de seiscientas libras que había inmolado no tenía hígado. No dando crédito al testimonio del victimario, añadió, había mandado quitar toda el agua de la caldera donde cocían las entrañas y había visto que todas las demás entrañas estaban enteras, y por caso inexplicable, solamente el hígado había quedado destruído. Asustados estaban ya los senadores con aquel prodigio, cuando el otro cónsul aumentó sus temores manifestando que, después de haber encontrado un hígado sin cabeza, habiendo querido

completar el sacrificio con otros tres bueyes, no había podido conseguirlo. El Senado dispuso el sacrificio de víctimas mayores hasta la completa expiación. Dícese que todos los dioses aceptaron aquellas ofrendas, menos la diosa Salud, acerca de la cual no consiguió éxito Petilio. En seguida sortearon las provincias los cónsules y pretores, tocando Pisa á Cornelio y los ligurios á Petilio. El pretor L. Papirio Maso obtuvo la jurisdicción urbana y M. Aburio la de los extranjeros. M. Cornelio Escipión Maluginense recibió la España ulterior y L. Aquilio Galo la Silia. Dos pretores pidieron no tener provincia. M. Popilio rechazaba también la Cerdeña, diciendo que «Graco pacificaba aquella provincia y el Senado le había dado para que le ayudase el pretor T. Ebuco. En una operación en que la unidad de plan é invariable conjunto de disposiciones eran esenciales, no convenía interrumpir su continuación. La entrega del mando y la inexperiencia del sucesor, que debe dedicarse á conocer antes de obrar, frecuentemente hacen perder las mejores ocasiones de realizar el plan.» Admitióse la excusa de Popilio. P. Licinio Crasso alegó ciertos sacrificios solemnes para no ir á su provincia, que era la España citerior, obtenida por la suerte; pero se le obligó á marchar ó que jurase ante la asamblea del pueblo que se lo impedía un sacrificio solemne. Arreglado este punto en cuanto á P. Licinio, M. Cornelio pidió que se le recibiera igual juramento que le dispensase de ir á España, prestándose los dos pretores con las mismas palabras. M. Titinio y T. Fonteyo recibieron orden de permanecer en la España ulterior con el mismo título y el mismo mando, y se decretó que se les enviase de refuerzo tres mil ciudadanos romanos con doscientos de á caballo y cinco mil hombres de infantería latina con trescientos de caballería.

• Tres días antes de las nonas de Mayo se celebraron

las ferias latinas, y como el magistrado de Lanuvio inmoló una de las víctimas (1) sin hacer súplicas por «el pueblo romano de los caballeros», surgió escrúpulo religioso. Escuchado por el Senado el relato de lo sucedido, remitió el asunto al colegio de los pontífices, y éstos, atendiendo á que quedaban frustradas las ferias latinas, mandaron renovarlas, pero disponiendo que suministrase las víctimas Lanuvio, que era causa de la renovación. El escrúpulo había aumentado con el accidente ocurrido al cónsul Cn. Cornelio, que, al regresar del monte Albano, cayó con todo un lado paralizado, y como el mal progresaba, marchó á las aguas de Cumas, donde murió. Trajeron su cadáver á Roma, donde le hicieron magníficos funerales y sepulcro. El cónsul Petilio, á quien al fin se lo permitían los auspicios, quedó encargado de celebrar las ferias latinas. Para la celebración de los comicios fijó el día tercero antes de las nonas de Junio, y para las ferias latinas el tres antes de los idus. En medio de las preocupaciones religiosas, llegaron noticias de nuevos prodigios: en Túsculo había sido visto una antorcha en el cielo: en Gabias el templo de Apolo y muchos edificios particulares y una muralla en Grabino habían sido heridos por el rayo. Los senadores dispusieron se celebrasen las expiaciones según el parecer de los pontífices. Mientras ocupaban á los cónsules las irregularidades religiosas, después á uno de ellos la muerte del otro, los comicios y la repetición de las ferias latinas, C. Claudio acercaba su ejército á Módena, que los ligurios habían tomado el año anterior, bastándole tres días de ataque para recobrarla y devolverla á los colonos; quedando muertos en el interior ocho mil ligurios. Inmediatamente escribió á

(1) El toro que se inmolaba á Júpiter Lacial, en sacrificio común por los cuarenta y siete pueblos del Lacio: cada pueblo de éstos inmolaba en particular víctimas menores.

Roma, no limitándose á dar cuenta del hecho, sino gloriándose de que, gracias á su valor y á su fortuna, el pueblo romano no tenía ya ni un enemigo á este lado de los Alpes, y alabándose de haber conquistado un territorio bastante grande para satisfacer la ambición de muchos millares de hombres.

Por la misma época conseguía también Ti. Sempronio muchas victorias sobre los sardos, que dieron por resultado su completa sumisión. Matóles quince mil hombres, y todos los pueblos de la Cerdeña que se habían sublevado quedaron sometidos. A los antiguos tributarios impusieron doble contribución y la cobraron; los demás suministraron cantidades de trigo. La provincia quedaba pacificada; de toda la isla se habían sacado doscientos treinta rehenes, y se enviaron legados á Roma para llevar la noticia y pedir al Senado que, en recompensa de las victorias conseguidas bajo el mando y los auspicios de Ti. Sempronio, se celebrase una fiesta en honor de los dioses inmortales y se le permitiese llevar consigo su ejército al dejar la provincia. Después de recibir á los legados en el templo de Apolo, el Senado decretó dos días de acciones de gracias y mandó á los cónsules que inmolasen cuarenta víctimas mayores y al procónsul Ti. Sempronio que permaneciese con su ejército aquel año también en su provincia. Los comicios para el reemplazo de un cónsul, que se habían fijado para el día tres antes de las nonas de Julio, se celebraron en el día designado. Nombrando Q. Petilio á C. Valerio Levino, tuvo un colega que pudo entrar inmediatamente en funciones. Este, que desde muy antiguo deseaba una provincia, aprovechó la ocasión que le ofrecía una carta anunciando una sublevación de los ligurios. El día de las nonas de Julio revisó el traje de guerra, y después de oír la carta, por razón de la revuelta, mandó á la tercera legión que mar-

chase á la Galia á reunirse con el procónsul C. Claudio y á los duunviros navales que se dirigiesen á Pisa con una flota, siguiendo las costas de los ligurios para asustarles también por el lado del mar. El cónsul Petilio había fijado el mismo paraje para punto de reunión de su ejército. Por su parte, el procónsul C. Claudio, á la noticia de la sublevación de los ligurios, independientemente de las tropas que mandaba en Parma, había organizado en el acto una leva nueva y se acercó á las fronteras de los ligurios con su ejército.

A la llegada de Claudio, el enemigo, que recordaba haber sido derrotado por él en las orillas del Scultenna, creyó después de la desgraciada prueba que hizo del brio de sus ataques, que debía confiar menos en sus armas que en sus fortalezas naturales; por lo que se situó sobre los montes Leto y Balista y hasta se rodeó de una muralla. Los retrasados, sorprendidos antes de que evacuasen los campos, perecieron en número de quinientos. Los demás permanecieron en las montañas, donde el miedo no les hizo olvidar su natural barbarie. El botín que habían recogido en Módena vino á ser objeto de sus iras; mataron á los prisioneros haciéndoles pedazos; degollaron á los animales en los templos, sin realizar sacrificios regulares; después, hartos de sangre de seres vivientes, la emprendieron con las cosas inanimadas y lanzaron contra las murallas vasos de toda clase, objetos de utilidad, más bien que de adorno y de lujo. No queriendo el cónsul Petilio que terminase la guerra sin su intervención, escribió á C. Claudio que fuese á la Galia con su ejército; que él le esperaba en los campos Macros. En cuanto recibió la carta, levantó Claudio el campamento, partió de la Liguria y entregó su ejército al cónsul en los campos Macros. Allí marchó también á los pocos días el otro cónsul C. Valerio: repartiéronse en aquel punto las tropas, pero antes de

separarse hicieron juntos la purificación de los ejércitos. En seguida, como habían decidido no atacar los dos al enemigo por el mismo lado, sortearon las regiones que debían ocupar. Es cosa cierta que Valerio procedió con regularidad, habiendo permanecido en el templo. Más adelante declararon los augures que Petilio había cometido una irregularidad, atendiendo á que no se encontraba personalmente en aquel recinto cuando depositó la suerte en la urna llevada al efecto. En seguida se dirigieron á dos puntos diferentes. Petilio estableció su campamento enfrente de las escabrosidades cuyas elevadas cumbres forman la cadena que une al Balista y al Leto. Dicese que en una arenga á sus tropas, predijo, sin parar mientes en la ambigüedad de la frase, que «aquel mismo día ocuparía el Leto.» En seguida comenzó á escalar la montaña por dos puntos á la vez. Las fuerzas que él mandaba subían animosamente; á las otras las rechazó el enemigo. El cónsul corrió al galope para restablecer el combate y contener á los fugitivos; pero cuando cabalgaba sin precaución al frente de las tropas, un venablo le atravesó el pecho y le mató. No observaron los enemigos su muerte, y los pocos romanos que la presenciaron atendieron cuidadosamente á ocultar su cuerpo, sabiendo que dependía de ello la victoria. El resto de las fuerzas de infantería y caballería desalojaron al enemigo, y sin jefe, tomaron las alturas; resultando cerca de cinco mil ligurios muertos y no perdiendo el ejército romano más que cincuenta y dos hombres. Este evidente resultado de un presagio funesto provocó por parte del pulario la revelación de una irregularidad en los auspicios que el cónsul no ignoraba. Enterado C. Valerio de la muerte de Petilio, reunió á sus tropas el ejército que acababa de perder su jefe, libró nuevo combate y derramó bastante sangre enemiga para aplacar los manes de su colega.

C. Valerio triunfó de los ligurios. La legión á cuyo frente cayó muerto el cónsul recibió severo castigo del Senado, decidiendo que á ninguno de sus individuos se contase para nada aquella campaña y que no se les pagaría el sueldo por no haberse lanzado ante los venablos enemigos para salvar al general. Por esta época llegó á Roma una legación de dárdanos, que, como antes se dijo, tenían que habérselas con un ejército considerable de bastarnos, mandado por Clondico. Después de hablar de los bastarnos, de su multitud, de su gigantesca estatura, de su audacia ante el peligro, añadieron que habían hecho alianza con Perseo, y que éste, más aún que los bastarnos, infundía temores á los dárdanos; por cuya razón pedían al Senado que les auxiliase. Los Padres decidieron enviar comisionados para que examinasen el estado de los negocios en Macedonia, é inmediatamente nombraron á A. Postumio para que marchase allá, dándole compañeros más jóvenes que él, para que con su influencia y autoridad presidiese la legación. En seguida se ocuparon de la celebración de los comicios para el nombramiento de magistrados del año siguiente; operación que dió margen á grave altercado, diciendo las personas expertas en materias religiosas y derecho público que, en vista de la muerte de los dos cónsules ordinarios de aquel año, víctima de enfermedad el uno y el otro arrebatado por la guerra, el cónsul nombrado en reemplazo no tenía condiciones para presidir los comicios, por lo que se recurrió al medio de un interregno. Los cónsules creados por el interrey fueron Mucio Scévola y M. Emilio Lépedo por segunda vez. En seguida nombraron pretores á C. Popilio Lena, T. Annio Lusco, C. Memmio Galo, C. Cluvio Sáxula, Ser. Cornelio Sula y Ap. Claudio Centho. Los cónsules recibieron por provincia la Galia y los ligurios. El pretor Cornelio Sula obtuvo la Cerdeña y Claudio Centho la

España citerior. Ningún documento refiere quiénes obtuvieron las otras provincias pretorianas. Aquel año se propagó un contagio que no atacó más que á las bestias. Los ligurios, siempre sometidos y siempre sublevados habían devastado Luna y Pisa, estallando al mismo tiempo una sublevación en la Galia. Después de dominar Lépedo, sin gran trabajo, el movimiento de la Galia, pasó al territorio de los ligurios, donde se pusieron á sus órdenes algunos pueblos; y con la idea de que los hombres son como los parajes en que habitan, y que aquellos pueblos tomarían su agreste carácter de las ásperas montañas de que hacían su morada, imitando á predecesores suyos, les hizo bajar á la llanura. Al lado acá del Apenino habitaban en lo antiguo los garulos, los lapicinos y los hercatos, y al otro lado los briniatos. Sin pasar el río Andena, Mucio hizo la guerra á los que habían devastado Luna y Pisa, sometiéndoles y despojándoles de sus armas. Por razón de aquellas hazañas realizadas en la Galia y la Liguria, bajo la dirección y auspicios de dos cónsules, el Senado dispuso tres días de acciones de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas. El levantamiento de los galos y ligurios que había estallado á principios de aquel año, quedó aplacado en poco tiempo y sin muchos esfuerzos. Comenzaban á preocuparse con la guerra de Macedonia, á causa de las luchas con que Perseo mantenía la animosidad entre dárdanos y bastarnos: los comisionados delegados para enterarse de los hechos sobre el terreno, habían regresado á Roma y anunciado que había estallado la guerra en Dardania. Al mismo tiempo habían llegado legados del rey Perseo encargados de decir, para justificar á su señor, que no había llamado él á los bastarnos y que no tenía parte alguna en sus empresas. El Senado no dedidió nada acerca de la culpabilidad ó inocencia del rey, pero le rogó que se tuviese por adverti-

do y que atendiese cuidadosamente á la religiosa observancia del tratado que le ligaba con relación á los romanos. Viendo los dárdanos que los bastarnos, lejos de abandonar su territorio, como habían esperad<sup>o</sup>, cada día les hacían más daño, con el auxilio de sus vecinos los tracios y de los scordiscos intentaron una sorpresa, aunque temeraria, y se reunieron de todas partes armados cerca de una ciudad próxima al campamento de los bastarnos. Era invierno y habían elegido esta época del año porque entonces los tracios y scordiscos permanecían en sus hogares. Hecho esto, y cuando se enteraron de que los bastarnos estaban solos, dividieron sus fuerzas en dos cuerpos, de los que el uno debía marchar al descubierto y atacarles de frente, y el otro describir un rodeo y atacarles por la espalda. Pero se trabó el combate antes de que pudiesen rodear el campamento enemigo, y vencidos los dárdanos, corrieron perseguidos hasta la ciudad, que distaba doce millas. Los vencedores rodearon en seguida aquella ciudad, seguros de que al día siguiente, aterrados los enemigos, capitularían ó se apoderarían de la plaza por asalto. El segundo cuerpo de los dárdanos, que no se había enterado de la derrota, se apoderó sin resistencia del campamento de los bastarnos, que había quedado sin defensa. Despojados los bastarnos de todos los víveres y de todos los aprestos de guerra amontonados en el campamento, no teniendo, por otra parte, medio alguno de reparar aquella pérdida en terreno enemigo y en la época más desfavorable del año, decidieron regresar á su país. De regreso en las orillas del Ister vieron con satisfacción que el río estaba helado hasta el punto que parecía poder resistir mucho peso. Pero cuando aquella multitud de hombres y animales que se empujaban y amontonaban precipitadamente en su marcha cargó sobre el hielo, abrióse bajo aquel enorme peso, y después de haber sos-

tenido bastante tiempo aquel ejército, cedió y lo sepultó en sus profundos abismos, en los que desapareció inmediatamente la mayor parte. Muchos quisieron salvarse á nado y perecieron bajo los témpanos que pasaban por encima de ellos; siendo muy pocos los de aquella muchedumbre que pudieron, con gran trabajo y destrozado el cuerpo, llegar á la otra orilla.

Por aquel tiempo, Antioco, hijo de Antioco Magno, que había permanecido mucho tiempo en Roma en rehenes por muerte de su hermano Seleuco, subió al trono de Siria. Seleuco, á quien llaman los griegos Filopator, después de recibir de su padre una corona debilitada por frecuentes y terribles descalabros, y de haber permanecido doce años en la inacción, sin realizar ni una sola acción brillante, envió á Roma á su hijo Demetrio para reemplazar á su hermano menor Antioco, á quien reclamaba en virtud de la cláusula del tratado que obligaba á cambiar de tiempo en tiempo los rehenes. En cuanto llegó el joven á Atenas, pereció Seleuco asesinado por un cortesano suyo llamado Heliodoro. Quería el asesino usurpar el trono; pero Eumeno y Atalo le arrojaron para colocar en él á Antioco, que querían tener á sus órdenes por aquel beneficio, porque tenían ya algunas quejas de los romanos y contaban poco con ellos. Subiendo al trono Antioco, gracias á su auxilio, le recibieron los pueblos con tanto entusiasmo, que le dieron el nombre de Epifanio, porque derribando á un usurpador extraño á la familia real de Siria, habíase ceñido la corona de sus padres. Aunque no carecía de ingenio y disposiciones para la guerra, adoptó, sin embargo, tan extraño género de vida y tan caprichosos modales, que muy pronto cambiaron su sobrenombre de Epifanio por el de Epimano, que quiere decir loco. En efecto; muchas veces salía de su palacio sin conocimiento de la servidumbre, acompañándole una ó dos

personas, y paseaba por la ciudad con una corona de rosas y dorado ropaje; otras veces arrojaba á los transeuntes piedras que llevaba debajo de los brazos; en ocasiones lanzaba monedas, diciendo: «Cójalas el que tenga buena fortuna.» Solía recorrer las tiendas de los plateros, cinceladores y otros artistas, y hablaba pretenciosamente á cada trabajador de su arte, ó bien trabajaba públicamente conversación con cualquier individuo del pueblo, recorriendo también las tabernas, sentándose y bebiendo con los viajantes y extranjeros de baja ralea. Si se enteraba de que algunos jóvenes se reunían en banquete, presentábase repentinamente sin que le esperasen, con la copa en la mano, llevando músicos detrás, sentándose á la mesa, y haciendo mil locuras: lo raro del caso era que ahuyentaba á la mayor parte de los comensales, y los demás guardaban silencio por temor. Sábese también que acostumbraba ir á los baños públicos con la muchedumbre. Empleaba los perfumes más exquisitos, por lo que le dijo un día un hombre del pueblo: «Feliz eres, ¡oh rey!, exhalas olor de los perfumes más caros»; y agradándole al rey aquellas palabras, le contestó: «Voy á darte tanta felicidad que has de confesarte harto.» E inmediatamente mandó que le derramasen sobre la cabeza un vaso de los perfumes más raros: el suelo quedó empapado, todos resbalaban en aquel pavimento oloroso, y especialmente el rey, que cayó lanzando grandes carcajadas.

En fin, vistiendo la toga en vez del manto real, é imitando lo que había visto hacer en Roma á los candidatos, circulaba por el Foro, cogiendo y apretando las manos á los hombres del pueblo y pidiendo unas veces la edilidad, otras el tribunado; y cuando los votos populares le habían conferido la magistratura, según la costumbre de los romanos, sentábase en silla de marfil y pronunciaba discursos sobre asuntos de poca monta;

y en todo lo que hacía mostraba tan poca fijeza, que ni él ni los demás podían definirla bien. A sus amigos no dirigía la palabra; apenas alguna sonrisa á sus conocidos: inconsecuente por extremo en sus liberalidades, tanto le ridiculizaban á él como á los demás; regalos pueriles, como juguetes y golosinas, á hombres respetables que creían tener derecho á graves consideraciones; á otros un don inesperado que les enriquecía: estas cosas hacían pensar á todos que ignoraba lo que quería; viendo unos juego inocente en su conducta, y otros declarada demencia. Había, sin embargo, dos grandes y nobles cosas en que mostraba ánimo verdaderamente regio, sus regalos á las ciudades y el culto de los dioses. Prometió á los habitantes de Megalópolis, en la Arcadia, rodear su ciudad con una muralla y atendió á la mayor parte del gasto. Empezó en Tegeo la construcción de un teatro magnífico de mármol. Al Bitaneó de Cycico (paraje reverenciado en el centro de la ciudad, donde son alimentados por cuenta del Estado los considerados dignos de este honor) regaló una vajilla de oro. A los rodios no hizo ningún regalo notable; pero les hizo muchos de todas clases, según sus diferentes necesidades. La magnificencia para con los dioses quedaría demostrada aunque no fuese más que con el templo de Júpiter Olímpico, que mandó comenzar en Atenas, único en el mundo que corresponde á la grandeza del dios. Delos le debe los ricos altares y la multitud de estatuas con que la adornó; Antioquía, un templo magnífico á Júpiter Capitolino, en el que no solamente los techos eran dorados, sino que hasta las paredes estaban cubiertas de placas de oro; pero la brevedad de su reinado no le permitió terminarlo, así como también otros muchos trabajos que había ofrecido á otras ciudades. Los espectáculos de toda clase que celebró eclipsaron la magnificencia de todos los reyes anteriores, tanto por

las diversiones conformes á sus gustos y á propósito para el país, como por la presencia de multitud de artifices griegos. Copió de las costumbres de Roma los combates de gladiadores, que al principio produjeron más terror que placer á aquellos pueblos que no estaban habituados á ellos; pero haciendo repetirlo con frecuencia, en tanto hasta las primeras heridas, en tanto hasta la muerte *sine missione* (1), les familiarizó con aquel espectáculo, que concluyó por deleitarles y propagar entre los jóvenes la afición á las armas. Así fué que, después de traer de Roma gladiadores que pagaba muy caros, concluyó por encontrar en sus estados voluntarios que se ofrecían á combatir por corto salario. Por lo demás, en la celebración de los juegos, como en toda su conducta, mostró tanta bajeza de ánimo y ligereza tanta, que nada pareció tan magnífico como el aparato de aquellos espectáculos, nada tan despreciable como la persona del rey. Entre otras circunstancias, nada lo demostró tanto como los juegos que hizo celebrar en Antioquía, para rivalizar en magnificencia con los que Paulo había dado en Macedonia después de la derrota de Perseo: en ninguna parte gastó tan grandes cantidades ni se deshonoró más. Pero volvamos á los asuntos de Roma, de que por mucho tiempo nos ha separado la historia de este rey.

Ti. Sempronio Graco, que había mandado en Cerdeña durante dos años, entregó su provincia al pretor Ser. Cornelio Sula y regresó á Roma á triunfar de los sardos. Dícese que trajo de aquella isla tal número de prisioneros, que el tiempo que empleó en venderlos dió

(1) Cuando se interesaba mucho el pueblo por un gladiador y le veía á punto de perecer bajo los golpes de un adversario victorioso, le concedía algunas veces la vida, y á esto se llamaba *missio*. Por el contrario, cuando quería que el combate fuese á muerte, llamábase *sine missione*.

lugar á un proverbio, y «sardos de venta» llegó á ser frase burlésca muy usada para expresar un genero de poco precio. Los dos cónsules triunfaron igualmente, Scévola de los ligurios, y Lépidio de los galos. Después celebraron los comicios para las magistraturas del año siguiente, siendo creados cónsules Sp. Postumio Albino y Q. Mucio Scévola. En los comicios pretorios, la fortuna puso en competencia los nombres de L. Cornelio Escipión, hijo de P. el Africano (ó tal vez Cneo), con el de C. Circeyo, antiguo secretario de su padre, ocasionando mucho escándalo. Porque después del nombramiento de cinco pretores, C. Cassio Longino, P. Furio Filo, L. Claudio Aselo, M. Atilio Serrano, Cn. Servilio Cepión, Escipión, que procuraba conseguir la última plaza que quedaba, pareció tan inferior á los méritos de su padre, que los unánimes votos de las centurias le prefirieron á Circeyo; pero éste tuvo la modestia de corregir la fortuna ó el error de los comicios. En aquella lacha comicial, retrocedió ante la idea de derrotar al hijo de su patrón, y despojándose de la toga de candidato, de rival con éxito seguro, trocóse en cliente agradecido y apoyó la elección de su contrario. De esta manera quedó asegurado á Escipión, por el apoyo de su adversario, aquel cargo á cuya consecución parecía deber renunciar, obteniendo Circeyo más gloria que el elegido. Asignóse á los cónsules por provincias la Galia y los ligurios. Los pretores sortearon las suyas y C. Cassio Longino obtuvo la jurisdicción de la ciudad, L. Cornelio Escipión la de los extranjeros y á M. Atilio tocó la provincia de Cerdeña, pero se le mandó pasar á Córcega, con una legión nueva alistada por los cónsules, y que constaba de cinco mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. Mientras hacía la guerra, prorrogóse el mando de Cornelio para conservar la Cerdeña. Cn. Servilio Cepión, designado para la España